



EMBARCADOS HASTA SAN EMILIO*

Amando Céspedes Marín**

*“Por el tronco del gigante, confusa maraña trepa,
de líquenes caprichosos y de extrañas madre selvas;
desde lo alto del ramaje descienden hasta la tierra,
los bejucos retorcidos cual serpientes gigantes cas. Del
tronco en las oquedades, viven orquídeas espléndidas,
de perfumes exquisitos y de raras florescencias.”*

Del poeta Jenaro Cardona

Campiñas verdes y con destellantes rayos dorados por el sol abrasador y gigante de estos trópicos; corpulentos ceibos y cedros en cuyas ramas alargadas brincan centenares de monos cariblanos, titíes y congos; riquísimos árboles de construcción que esperan pacientes el hacha del hombre que Río Frío abajo los ha de balsear hasta Nicaragua, por donde saldrán tan ricas maderas sin beneficio alguno para el país; una, diez, cientos de palmas de corozo, cargadas de codiciada fruta que se convierte en botones allá en Europa en donde también sirvió de máscara para espantar la muerte en la gran guerra; lagartos a cada paso que nos ofrecen tamañas tarascas o un cuero finísimo para nuestros bolsillos y maletas; tiburones que vuelcan botes y que producen aceite bastante para jabones ordinarios; millones de sardinas revoloteando, huyendo de las garzas blancas y negras que las persiguen; martinpeñas y muchos patos que, al volar por encima de las aguas quieren volar más que su propia sombra; todo, todo, se mece con armonía al vaivén de nuestro bote, que con seis remeros corre, vuela, surcando el tibio elemento que por caliente lo apodaron “frío”.

Panoramas continuos, desfilando como la más bella película cinematográfica, pasan y aparecen; los recodos bellísimos se multiplican vadeando al este, ora al oeste, pero siempre al norte, hacia el San Juan. Las ricas tierras de las montañas nos abandonan y dejamos al lado llanuras inmensas en donde el ganado paca, repasta y se aburre de pastar.

La cuenca cada vez se ensancha; el río con tanta y verdosa agua debe ser un titán en sus grandes crecientes, pues nos detiene a cada rato para hacernos buscar paso entre raíces o ramas de grandes y útiles árboles que entonces arranca; el cielo azul también se complace en reflejar blancos cirros de multiformes nubes en la ancha y cristalina agua, que en noches de luna debe ser de plata.

Frescas, fresquísimas brisas atraídas por la corriente líquida, acarician nuestro ambiente caluroso, y las aguas cual suavísimo crespón de seda se extienden tersas, para recoger en eterno abrazo las caricias con que seis remos las hienden a compás: su fru fru convertido en estela no parece sino una grande y hermosísima cola de pavo real.

Todo eso, como dice Monseñor Monestel y mis cosijosos compañeros, literatura poca es, para describir esta rinconada patria, (...)

*Tomado de: Céspedes M., A. 1923. Crónicas de la visita oficial y diocesana al Guatuso. Imprenta Lehmann (Sauter & Co.): San José, Costa Rica. p. 93 y 94.

** Amando Céspedes Marín (1881-1976). Entre sus mayores logros se destacan sus contribuciones pioneras al periodismo, la fotografía, el cine y la radiodifusión costarricense, construyó la primera radioemisora de onda corta que se estableció en el país y en América Latina. Sus valiosos aportes fueron reconocidos al ser declarado Benemérito de la Patria por medio de la Ley Acuerdo n° 2071 del 4 de agosto de 1981 (La Gaceta n° 163, de 26/8/81). De las páginas de la historia proviene este bello relato que destaca, con extraordinaria prosa poética, el paisaje de uno de los rincones más alejados del norte de nuestro país a principios del siglo XX.



Grabado obsequiado por el Ing. José Fabio Garnier y el Lic. Otón Jiménez.



Los árboles entre una y otra ribera forman pórticos y arcos naturales: a veces, con múltiples bejucos cual adornos en telones de teatro, otras, como puentes en construcción por estar caídos. El Caño del Sol, La Muerte, Buena Vista, Pataste, Caño Ciego y Boca Tapada; Las Trincheras, Las Balsadas y, aún más, Caño Negro, Sabogal y Lagartera, son afluentes del gran río, que con un poco de buena voluntad podría ser navegable desde la Comandancia de San Rafael. Me refiero a la navegación cotidiana, pues ya sabemos que en invierno y especialmente para la fiesta del Patrono, en octubre, las gasolinas atracan a poca distancia de la casa de don Carlos Álvarez, pero en verano son tantos los árboles atravesados que aun los botes se resisten a pasar. Bien podemos nosotros y los retratos que hice, constatar tantas dificultades y tantas, tantísimas bellezas.

Haciendo cálculos, bien gastamos desde San Rafael de Guatuso hasta San Emilio, catorce horas bien contadas. Paradas hicimos solamente para almorzar y para trasbordar ciertos malos pasos. Quisimos detener el sol, no en su marcha, sino en su calor; el color de los indios boteros y el quemado de nuestra piel, fueron casi iguales, con la diferencia de que ellos sudaban a chorros y nosotros queríamos reventar.